

Núm. 243. — 6.

26 XII 1919



Notas sueltas

Por

Miguel de Unamuno.

Nuestro buen amigo Joaquín Montaner, redactor d' *El Sol* en Barcelona, opina, parece, que no es de urgente oportunidad el telegrama del gobernador civil de Barcelona, Sr. Amado, pidiendo al Gobierno que se reglamente el juego de azar, prohibido hoy por la ley y tolerado por la política, con explotación de esta tolerancia. Discrepamos en esto de nuestro amigo Montaner y estamos de acuerdo con el Sr. Amado.

La reglamentación o la prohibición total, según ley del juego de azar, urge. Y urge por el estado mismo social de Barcelona y de toda España. En que por algo entra eso del juego prohibido, tolerado y explotado. No debe seguir el Reino de España convertido en un Principado de Mónaco. Esta monaquización explica muchas cosas que parecen oscuras.

Pero, cómo se va hacer la reglamentación? Cómo se le va a privar de su monopolio a la Sociedad o Compañía que explota el juego ese en el Gran Casino de San Sebastián y en sus sucursales?

Leemos en esta misma revista ESPAÑA, que el ministro del Reino de España—más del Reino que de España—en Bélgica, es administrador de la Sociedad de Hoteles y Fondas de Bruselas, con 40.000 francos anuales de sueldo, y que esta prebenda se la ha dado Mr. Marquet, proveedor de caballos de carrera, etc. etc.

Ese ministro fué el que quiso levantar el muerto de la estatua de Ferrer. Y otros muertos.

Por fin el Tribunal Supremo de Guerra y Marina, contra las predicciones de nuestro buen amigo Oscar Pérez Solís, ha declarado que estuvo mal constituido el Tribunal de honor—de qué honor?—que expulsó del Ejército a unos oficiales que se separaron de las Juntas de Defensa militares. El miedo cerval—cerval deriva de Cierva—empieza, pues, a ceder.

Veremos si se da de una vez la batalla a los que no hacen sino hablar de que hay que dar la batalla. A la civilidad, por supuesto.

Esperamos que se llegue antes a la disolución de esas Juntas, no ya militares, sino inciviles, que no a la disolución de la R. Cía. Arrendataria del *Recreo* Nacional.

Los constantinistas, los jóvenes turcos de Grecia, los punteros, en fin, helénicos—porque eso del punterismo es algo internacional y, ¡claro está!, troglodítico—han querido acabar con Venizelos, el que en un tiempo disolvió en su patria (y como gran patriota) las Juntas esas, echó luego al felón constantino, el que jugaba a dos palos, y sacó a Grecia de una bochornosa neutralidad. ¿Qué iban a hacer esos héroes sin ocupación?

El Príncipe de Mónaco, el de los trágicos destinos, ha andado por esta España de Mr. Marquet y C.^a exhibiendo sus co-





nocimientos en... oceanografía! Que es como decir: «Por Dios, señores, que yo no tengo la culpa! Y ya ven que me gasto en estas especulaciones científicas lo que otras especulaciones me dan!»

Y menos mal que ese Príncipe se dedica a la oceanografía en vez de dedicarse a jugar a las siete y media o a la mecánica de chauffeur. Y parece que se sabe sus pa-peletas.

A un conservador y católico muy ortodoxo, pero católico por conservadurismo y no por fe religiosa, le contábamos lo que Renan en su *Vida de Jesús* nos dice de cómo fueron los conservadores, los de Anás y Caifás, los que hicieron matar al Cristo por aquello que Caifás dijo: «Conviene que un hombre muera por el pueblo y no que toda la nación se pierda». (Juan XI, 50), sentencia esta de Caifás—y lo mismo podría ser de La Cierva, nuestro sumo sacerdote del saduceísmo conservador—que expresa la quinta esencia del conservadurismo saduceo. Y nuestro interlocutor se descomponía.

Empezamos luego a recitarle las para-

dojas evangélicas, empezando por aquella de que el que quiera salvar su vida la perderá, luego la de que hay que odiar a los de la familia, la de que quien no está conmigo está contra mí—frente a la cual se dice: «quien no está contra vosotros por vosotros está»—, y al llegar a lo de que es más difícil que entre un rico en el reino de los cielos que el que pase un camello por el ojo de una aguja, nuestro conservador saduceo, socio de la Adoración Nocturna y de las Conferencias de San Vicente de Paul y ciervista él, nos interrumpió bruscamente exclamando: «Bueno, es que Nuestro Señor Jesucristo era un exagerado!» ¡Definitivo!

Exageraciones! Exageraciones! Es lo que ahora han dado en llamar paradojas.

Otro día tenemos que contar la historia de una Compañía que tuvo que abandonar una línea férrea de la que se incautó el Estado, sin tener que dar a aquella indemnización alguna, pues que la abandonó, y que el Estado explota hoy. Es aquí, en esta provincia en que escribimos.

Llegará día en que el dueño de violines que no los toca si no los alquila a violinistas, tenga que abandonarlos por las exigencias de estos. Y no van a quedar en la calle, ni se le va a permitir que los quemé.

Y lo mismo es alquilar el violín para el violinista que alquilar el violinista para el violín.

